

Enrique González Rojo-Arthur nació en la ciudad de México el 5 de octubre de 1928. Realizó sus estudios de licenciatura, maestría y doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde fungió como catedrático por más de tres décadas. Se hizo acreedor al premio Xavier Villaurrutia por su libro de poemas *El quintuple balar de mis sentidos*. El Colegio de México le ofreció una beca y obtuvo otra por parte de la fundación Rockefeller. Se desempeñó, además, como funcionario público y obtuvo cargos importantes como Secretario del Departamento de Literatura del INBA (1952-1953), Secretario de Difusión Cultural de la UNAM en el periodo 1953-1960. Por otro lado, ha colaborado para importantes revistas culturales como *Universidad de México*, *Cuadernos Americanos* y *Cuadernos de Bellas Artes*, entre muchas otras, además de colaborar con artículos, ensayos, poemas y reseñas en los suplementos de los periódicos *Excelsior*, *Novedades*, entre otros.

SU TRAYECTORIA LITERARIA

La iniciación poética y literaria de Enrique González Arthur¹ quedó consignada en *Luz y silencio* (1947), al que le siguieron un ensayo

* Especialista en literatura mexicana del siglo XX de la UAM-Azcapotzalco.

¹ El segundo apellido lo relegó para tomar el de su abuela paterna: Luisa Rojo.

poeticista² titulado *Dimensión imaginaria, La tierra de Caín* además de *El cuaderno del Buen Amor*, por mencionar sólo los primeros de una vasta producción.

En su primer gran poemario *Para deletrear el infinito*, el autor se propuso un extraño y ambicioso proyecto estético y literario: ser cronista del infinito, llevar un inventario personal de aquello que lo trasciende como poeta porque nada hay que le conmueva tanto como el fenómeno del 'nunca acabar', al respecto afirma: "desde hace años escribo una especie poema de nunca acabar". Su gramática, siendo como es, rebelde e iracunda, por desgracia a veces no las trae todas consigo, pero está consciente de que nada será mejor que decir las cosas como las entiende, no sólo como son, sino como le hubiese gustado que fueran, aunque ello le signifique la impopularidad y la incompreensión.

El mal sabor de boca que provocan algunos de sus poemas, ya sea escritos como simples murmullos de lápiz o como furibundos alaridos de tinta son sus vivencias intransferibles, personales, sus poemas pecho a tierra, sus versos encolerizados. Su palabra genera la irritación de los hombres de derecha, porque la suya es una poesía de ideologías izquierdistas.³ Además, por si fuera poco, no se puede desprender de

² Junto con Eduardo Lizalde —además de otros entusiastas poetas— fundaron en 1948 el fallido movimiento poeticista como un acto de rebeldía ante las teorías estéticas hasta ese momento practicadas por sus contemporáneos. Dice el autor: "Hay palabras sumisas y medrosas, apacibles y apoltronadas en su conformismo. Verbos hincados de rodillas. Adjetivos de cerviz doblegada. Oraciones que nunca han ido a gritar al Zócalo hasta sentir todas sus letras enronquecidas. Son vocablos de las mafias, las academias, los intereses creados. Las gramáticas de las buenas costumbres, sensatas y tranquilas, sin ruidos ni estridencias".

³ "La literatura mexicana, afirma Enrique González Rojo en entrevista a Jorge Luis Berdeja, se encuentra en manos de grupos de poder o mafias literarias que se benefician de las prebendas y apoyos que otorga el Estado. Dependier económicamente del Estado restringe seriamente la libertad del creador". Cfr. en sección: *Cultura del periódico El Universal*, México, D.F. 5 de enero de 1994, p. 1.

la ironía que lleva pegada a las entrañas: “Amo pues, la herejía, la búsqueda de lugares inéditos, aunque me tenga que morir en la cruz de una cicuta”.⁴ No será extraño pues que algunos de sus poemas susciten el rechinar de dientes y el aletear de aves.

La obra de Enrique González Rojo ha permanecido en el silencio casi por costumbre o manía, sobre todo por sus marcadas inclinaciones políticas y a su inquebrantable espíritu independiente, subversivo y contestatario. Obra y autor han permanecido al margen, deliberadamente, de todos los grupos literarios, tanto del Estado como de los llamados ‘independientes’, a tal grado que acepta tener una “fama clandestina”. Para él lo fundamental es la libertad de decir y escribir cuanto cree y piensa, lo cual hasta ahora ha podido cumplir con puntualidad. Ello representa un gran valor pues de cualquier forma “la poesía casi siempre ha estado en contradicción con los sistemas políticos [y de gobierno]. Por eso la verdadera poesía está condenada a la marginación”, afirma categórico.

Enrique González Rojo-Arthur conoce y ama la obra de su padre así como la de su abuelo:⁵ amor y conocimiento que ya planteaban inicialmente el problema de su independencia artística, única en asegurarle la posibilidad de ser él mismo y, en consecuencia, de alcanzar futuro teniendo como arma la palabra. Desde muy temprano su poesía será un enfrentamiento continuo con el yo humano, con el yo intrascendente. Partiendo de los mecanismos más simples y ordinarios de la vida. Así como para Ortega y Gasset, la poesía en Rojo es su circunstancia misma, representa la congruencia de sus actos impulsados por sus pensamientos; lo anterior le creará adversidades que influirán de

⁴ En *Una gramática iracunda*, de Enrique González Rojo, Diógenes, México, 1984, p.17.

⁵ Véase “Coloquio de los tres Enriques” en *Apolo musageta* de Enrique González Rojo (Arthur) Libros del laberinto, núm 18, UAM, México, 1989, pp. 7-26.

facto en sus concepciones no sólo poéticas, sino también sociales, políticas y éticas.

Así, la generación de los tres Enriques inicia con el doctor González Martínez nacido en 1871 y perteneciente al modernismo; por lo menos en su etapa final y en la cual se intentó despojar a la poesía de todo elemento accesorio; González Rojo, su hijo, nacido en los albores del siglo pasado (1899) y en cierto modo contemporáneo del llamado grupo sin grupo (los *contemporáneos*), señalará con su poesía efímera una modificación clara de lo escrito por la generación anterior, buscará maneras diferentes de decir, se opondrá entre otras cosas a la institucionalización de la poesía a través de la inteligencia. Su postura estética por tanto, buscará una expresión “intelectualista y purista” que desemboque en “la nitidez de la imagen” según lo expresa Salvador Elizondo.⁶

La dinastía González termina, por lo menos momentáneamente, con el tercer Enrique, quien se ha propuesto además de otros retos, inventariar el infinito, llevar hasta sus últimas consecuencias la palabra sobre la naturaleza ilimitada de las cosas, ha hecho del infinito su tema, se ha propuesto registrarlos casi todo.

Tras examinar el mundo que lo rodea, Enrique González Rojo ha decidido estremecerlo un poco mediante una poesía donde la satisfacción pequeñoburguesa no tenga cabida, donde el verso no sea complaciente, inclusive éste se torne duro, agresivo y contundente.

Soy una persona de izquierda, dice González Rojo, siempre lo he sido y he escrito poemas militantes. Me interesa, desde luego, la lucha de clases, la lucha de los humillados y ofendidos contra los poderosos, la lucha de los trabajadores contra el capital: me interesan los cambios fundamentales y

⁶ González Martínez, Enrique, González Rojo, Enrique y González Rojo Arthur Enrique. *Tres Enriques*. Prólogo de Salvador Elizondo, Selección de Alicia Torres y Enrique González Rojo Arthur. México, 1985, Universidad Veracruzana. Ediciones Papel de envolver (Colección Luna Hiena, núm. 21) p. 7.

los pequeños cambios. Sigo creyendo en las utopías [porque] mi poesía es una poesía de combate, una poesía atrincherada, una poesía que está a las patadas con alguien. Muy pocas veces mi poesía es conformista, serena. Dicho simbólicamente, mi poesía está con un fusil, con un fusil cargado.⁷

En cuanto a la voluntad de estilo, inclusive aparece no sólo en la aceptación de una herencia poética en la que mucho pesa la comprensión del entorno y la solidaridad, sino en la fabricación del medio expresivo adecuado a sus necesidades fundamentales de decir su verdad, su versión de las cosas en este *festín trágico* de la vida. Digamos que esa búsqueda intenta además de la racionalización de las técnicas para crear imágenes poéticas, la participación de un entorno sociocultural regido por la turbulencia comunista, que el aprehende rápidamente. Hay en Arthur un intento irrefrenable por ordenar el universo, por ganar una batalla contra las ideas, más que contra el tiempo; sin embargo, al responder a la pregunta de si su poesía ha ganado alguna guerra, contesta seguro:

Creo que no he ganado ni una. La poesía en general y la mía en particular es el vertidero mismo de impulsos y deseos, pero el efecto social de esta poesía es insignificante en sí mismo. Es más un testimonio que una forma de lucha.⁸

Cuando vemos entonces el cuidado puesto en deducir las leyes que rigen la creación poética, ambos empeños se unen y explican lo deducido por el autor: si el hombre es un ser frágil, sujeto a los vaivenes del entorno y en lucha constante contra los grandes misterios de la vida, necesita entonces del apoyo de un sistema ideológico que estructure y ordene la percepción del mundo, haciéndola comprensible o por lo menos lógica, y esto último lo ha encontrado en la teoría del socialismo.

⁷ Entrevista de Arturo García Hernández para el diario *La Jornada*, núm. 5170, 26 de enero de 1999, p. 27.

⁸ *Ibidem*.

Por lo que se refiere al hilo conductor de su proyecto poético, Arthur afirma que en general su “poesía se diferencia de la mayor parte de los poetas mexicanos que en ellos es solemne y mi poesía no es solemne”, la suya es a veces francamente humorística, pero no por ello deja de ser profunda, pues somos testigos de que no siempre las cosas serias se expresan con la solemnidad debida, y por el contrario, las más vanas a veces adquieren matiz de serias, para desgracia de nosotros o de ellas. El humor es el arma letal contra la simulación y la hipocresía, con el humorismo se desacralizan las conductas de los hombres serios y se vienen abajo los más altos monumentos.

La mía no se detiene en aspectos superficiales, no hace *concertaciones* con el espíritu, va hasta el fondo. Así actúa y opera la poesía, por eso automáticamente se contrapone a una sociedad de consumo. Yo mantengo el impulso creativo porque no hay cosa que me inspire más que la oposición, que la impugnación”.⁹

Enrique González Rojo infiltra en la solidez estructural el concepto de cambio, sin el cual no habría avance posible. En tal sentido, rechaza ferozmente el dogma, símbolo aplastante de la inmovilidad y la intransigencia. Una vez más, la doble sustentación aparece, ahora en otro sentido: a la precisión formal del universo escrito corresponde la movilidad del hombre, ser en constante movimiento. Quizá por eso el mítico personaje de la *Odisea* representa para el poeta un aspecto esencial de la naturaleza humana, *homo viator* ser que permanentemente se encuentra en el viaje, sea subterráneamente, como es su caso, sea oníricamente como en la mayoría, pero siempre en un movimiento continuo. De aquí, repito, la acertada unión de Ulises con nuestro mundo moderno de agobiantes cuanto menores experiencias urbanas. El hombre moderno viaja cada vez menos, ahora lo viajan, lo catapultan por lugares extraños que no ha decidido atravesar. El hombre cotidiano vive exasperado por su condición inmóvil, y a través de voces como

⁹ Cfr. Entrevista a Rojo en *La Jornada*, 26 de enero de 1999, pp. 27-28.

la de Enrique González Rojo-Arthur hace conocer su protesta e inconformidad. Sin duda por ello la eternidad de la materia es una sucesión de momentos individuales representados por todo hombre que ha vivido, que ha viajado, que ha imaginado, sobre todo.

Parafraseando al autor de *Confidencias de un árbol*, diremos que el infinito del impulso creador presenta los muchos finitos de los seres obsesionados por la búsqueda de las respuestas al enigma central: el propio ser humano. Éste busca sus propias respuestas en sus propias preguntas, en esa medida su poesía es 'interior' porque es un tipo de versificación por medio de la cual la escritura se presenta en un doble plano de significación, explícita e implícita; es una conversación íntima consigo mismo, pero también un diálogo con un otro hipotético que no es él, ya que "la palabra siempre es un encuentro con el otro", dice Barthes.

Por tanto, la concepción formal con la que Arthur se identifica y ha ido estructurando su poesía es parte fundamental de su propia expresión ideológica. Es por eso que podemos hablar de un binomio indisoluble compuesto por la incertidumbre del existir y la seguridad del medio hallado para describirla y neutralizarla.

El fundamento de esta pretensión se basa en la existencia de dos pasiones: la poesía y la filosofía, "bigamia inexorable, sin taxativas y sin resentimientos de culpabilidad",¹⁰ en donde ambas disciplinas van por el mismo camino y por ende el hecho fatal fija su alojamiento en la totalidad de su obra cuando estos dos elementos se cruzan, se conjugan y se funden, pero más como cuestionamiento y nunca como una solicitud de auxilio; el autor de *El tránsito* es demasiado altivo y por lo mismo está muy lejos de autocompadecerse, la poesía de Rojo no tiene vocación de mártir. "Ningún poeta es conformista, ni desde el punto de vista estético o ético, siempre es un inconforme".¹¹

¹⁰ González Rojo, Enrique. *Una gramática iracunda*, p. 16.

¹¹ Cynthia Palacio Goya en el periódico *El Universal*, núm. 29 684, México, 28 de enero de 1999, p. 1.

En consecuencia y a diferencia de otros, su obra no recorre uno a uno los influjos en que se han detenido los poetas de su edad; como tampoco se ha sentido atraído por los temas de moda: desde muy joven le dio la espalda a lo fácil, a lo postizo, a todo aquello que se cotizaba como exitoso en la bolsa de valores del gusto dominante. Siempre, y en ese contexto, su obra se encuentra permeada por el buen humor, la broma, la ironía, el sarcasmo como formas de enmascarar la angustia, la desesperación, el desasosiego y hasta la ternura:

No mido con la vara de la eficiencia sino por la necesidad de escribir. Escribo poemas subversivos en el sentido amplio del término: sociales, políticos, culturales, no porque quiera ser eficaz en el cambio y en la transformación de la sociedad sino porque me nace, porque traigo una revuelta en mis órganos internos, porque mis entrañas están en una guerra civil permanente, a diferencia de un escritor político [como Revueltas] que tiene que medir sus escritos con el criterio de la eficacia, el poeta tiene que partir de la necesidad de escribir.¹²

Pero en esa voz individual hallan su presencia cientos de voces anónimas, tal como si fuéramos a la experiencia del amor, en una mujer se encuentra la suma de todas las mujeres y viceversa. En su obra están contenidas las infinitas experiencias y angustias de todos los hombres, sólo que él ha podido expresarlas de manera escrita, traducirlas al lenguaje poético. La poesía del autor de *El rey va desnudo* tiene un protagonista único: el hombre cotidiano, de cuyo número inmenso surge con bastante frecuencia un espíritu rebelde sobresaliente. Es decir, todos participamos en la creación de esas excepciones y éstas nos representan a todos. En su poesía, y es justo ponderarlo, el amor aspira a lo espiritual partiendo de lo físico, en una versión nueva de “la metafísica y las legañas”, porque el hombre encuentra la trascendencia en el despertar diario, cuando al desperezarse no salta únicamente de la cama sino entra a un mundo hipotético y metafísico. Y

¹² *Idem.*

así como el acercamiento entre hombre y mujer está lleno de exigencias y egoísmos, de dimensiones variadas que llenan de tropiezos el desarrollo de la unión, así también sucede con el encuentro entre hombre y poeta, ambos, sin ser el mismo deben conciliar su estancia en un mundo cruel y despiadado y esmerarse por alcanzar el justo medio, en su deseo de armonizar por medio de la palabra sus personalísimas visiones. Sólo en esta negociación radica posibilidad de complementación y felicidad. Este filósofo poeta escribe una poesía que podríamos llamar filosófica y narrativa al mismo tiempo; en sus poemas hay anécdota, reflexión y lirismo juntos. Está compuesta de una serie de sucesos menores cuya suma da el sentido general de la composición poética hecha prosa y poema: prosema. ¿Se trata de una prosa poética consciente o de una poesía prosificada involuntaria?

La obra de Arthur es autobiografía no en el sentido estricto de la acepción, porque aunque ciertos incidentes pertenezcan a su mundo cotidiano su significado los coloca en el ámbito de lo espiritual y trascendente, sin embargo, podemos intuir que la obra de Enrique González Rojo es autobiografía del pensamiento, construida por medio de objetos concretos de la vida diaria y llevados a su esplendor intelectual. Porque, además no somos más que personajes circunstanciales e incidentales en un mundo que aún no terminamos por conocer. La siguiente cita lo prueba sin titubeos: "Acabo de editar un nuevo libro/ que se encuentra empastado por dos trozos de mi alma". A través de este quehacer voluntarioso, crea el hombre los pequeños grandes cambios que modificarán su entorno; al acumular sus variados empeños se rodea de minucias. Sin embargo, la suya es una poesía en la que el yo se convierte de inmediato en nosotros, porque "el lenguaje necesario, necesariamente dirigido, instituye para el escritor una condición desgarrada."¹³ En esta visión coexisten la inteligencia que ordena y la

¹³ Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. 3a. edición, Siglo XXI, México, 1978, p. 85.

ironía que pone en tela de juicio los productos elaborados por el entendimiento.

Cuando el autor del ciclo poético *Para deletrear el infinito* inició su “poema de nunca acabar” muchos creyeron que se trataba de un desplante, una promesa sin fundamentos o un trabajo sin sentido, pero desde hace varios años nuestro poeta sigue fiel a su intento, a su descomunal propósito, a su inalterable pasión: deletrear el infinito, sin saltarse casi nada, inventariándolo, segándolo casi todo. Nos encontramos, entonces, ante una poesía cuya forma expresa la posición ideológica de quien escribe. El poeta se convierte así en el vocero del infinito, en el poeta finito que persigue el infinito consciente de que jamás llegará a él:

Estoy dedicado, pues, a la tremenda tarea de deletrear el infinito. Deletrearlo, sí, porque mi pluma, incapaz tanto de ignorarlo cuanto de conocerlo, sólo puede balbucirlo... No pretendo cantar el infinito como si fuera un mero espectador; ni hundirme en el drama existencial de la muerte a espaldas del ser a perpetuidad de su presencia. Cuando mi pluma toma la palabra, lo hace para mostrar que soy, que somos, cuando somos, una etapa consciente, angustiada y vigilante, que nace y muere en el interior mismo de la materia eterna.¹⁴

En el camino Enrique González Rojo-Arthur ha podido labrar un estilo muy peculiar. Quizá sin proponérselo ha consolidado un estilo de hacer poesía en la cual una materia gris e insabora adquiere el brillo y el gusto de lo trascendente, esa es su contribución.

Podrá o no gustarnos su poesía, podrá ser incómoda y contestataria su preceptiva e incluso podremos estar en desacuerdo con algunas de sus posturas estéticas, pero no se la podemos hacer perdediza, su obra aún se está escribiendo. Porque, por si fuera poco “aquí no hay quien

¹⁴ “Cuando la pluma toma la palabra”, en *Para deletrear el infinito* (1975-1981) de Enrique González Rojo-Arthur, Ed. La palabra del viento, México, 1988, pp. 9-11.

cerebre el universo, ni siquiera ha nacido el primer verso”, concluye el poeta.

LAS NEURONERÍAS

Según la fisiología¹⁵ moderna, una neurona es una célula capaz de conducir los impulsos nerviosos a manera de señales eléctricas que recorren todo el sistema de nervios y fibras, son toques eléctricos que provocan en nosotros una reacción, a veces física, a veces emocional. La palabra neuronería aún no existe en el diccionario de la lengua española, sin embargo, el vocablo y sus múltiples derivados están profusamente definidos y de ello nos valemos para exponer que Enrique González Rojo-Artur probablemente la tomó en su sentido menos estricto, ya que la neuronería provoca emotiva y figurativamente una descarga eléctrica que recorre ciertos conductos del pensamiento hasta provocar un ligero temblorcillo de las capas cerebrales. Neuronizar significa entonces, pensar y escribir con un monóculo, armar la maquinaria poética desde sus partes más diminutas.

La neuronería por tanto es como la célula de la poesía, una chispa poética que enciende toda la maquinaria emotiva y que nos hace reflexionar, reír, y contraernos a un tiempo. Es por consecuencia una especie de partícula en el organismo que provoca un cosquilleo, es el componente microscópico de todo un sistema complejo de iniciación a la poesía en el que un matiz, un detalle vago nos sacude la modorra y las legañas, porque con la primera palabra empiezan los grandes poemas, porque con buenos versos empiezan a partir de la primera letra. La neuronería es la primera piedra del edificio poético.

En términos neurofisiológicos existe el neurohumor definido como aquellas sustancias químicas que segregan las neuronas por sus extre-

¹⁵ Leiman y Rosenzweig, *Psicología fisiológica*. McGraw Hill, México, 1992.

mos, como la adrenalina, y que al enviar información precisa a lo largo del sistema nervioso central provocan en el individuo reacciones como el miedo, el coraje, la alegría, etcétera. La neuronería también está construida en buena medida de humor, éste puede ser ligero, denso, negro, cáustico, pero siempre con una dosis lúdica, que evita que ésta se agriete, se degrade y nos entristezca.

Nuestra materia de estudio no es científica, ni pretende distraer la atención con asuntos propios de la fisiología humana, como tampoco nos gustaría entrar en controversia sobre la terminología, sólo que es necesario retomar el sentido original de la palabra para explicar una propuesta literaria que toma su raíz del vocablo griego νεύρον (*neurón*) que significa nervio, tendón o fibra, por lo que no resulta superfluo pensar que la palabra se desprende de una necesidad personal del poeta por bautizar su hallazgo literario con una palabra que tuviera íntimamente mucho que ver con su nervioso espíritu creativo, su sensible fibra poética.

Tendrán que pasar varios años para que la palabra neuronería sea incorporada a los diccionarios, no como un derivado más de la acepción médica sino como una aportación léxico-literaria que exprese algo definido y definitivo: un poema breve cuyos posibles significados sean más de lo que expresan sus pocas líneas.¹⁶

Aún menos probable es que neuronería llegue a formar parte del habla común del español. Sin embargo, aquí trataremos de definirla con fines estrictamente estéticos dado que hasta el momento no existe en ningún tratado de poética y retórica un estudio y definición ni remotamente escueto que dé noticia de este nuevo género poético-literario. La neuronería es un género que ha estado mucho tiempo en el aire, pero que no reúne aún los elementos necesarios para ser tomado en consideración.

¹⁶ Ramón Gómez de la Serna hizo algo muy parecido a principios del siglo XX, al crear un nuevo género literario llamado greguería el cual ya figura en los diccionarios y tiene una connotación literaria.

Recapitulando, la palabra *neuronería* designa una singular forma poética que Enrique González Rojo-Arthur acuñó para identificar cierto tipo de poemas suyos cuya principal característica es una deliciosa mixtura que oscila entre el humor y la poesía, todo conjugado en un acto de creación brevísima. Aunque esta forma poética no tiene un número limitado de versos hay *neuronerías* que invierten una tirada de versos que incluso alcanzan el número de diez, sin embargo, el común denominador estará entre los tres y cinco versos, a veces menos. Las hay incluso de una sola línea, lo cual hace pensar que se trata más de prosa que de poesía, sin embargo, la diferencia la marca el espíritu con que han sido diseñadas, la intención poética que llevan dentro: su espíritu sintético nos hacen recordar ciertas composiciones orientales.

Las *neuronerías*, dice González Rojo, son una suerte de epigramas intencionados, de breves poemas sobre la inteligencia. Algo así como los *haikú* de la clase intelectual. Son poemínimos —creados con anterioridad a los de Efraín— que van autocrítica y satíricamente de las neuronas a las neuronas.¹⁷

Sin lugar a dudas, las *neuronerías* están hechas de palabra poética, aunque a veces no alcancen la estatura de poemas, sin embargo, por su estructura tan caprichosa no pueden ser cuentos breves, ni chistes, ni siquiera estampitas de varia invención, pues se valen de recursos propios de la poesía como para que no permitan la confusión, y aunque en el fondo no respeten métrica alguna el uso frecuente de tropos y figuras retóricas, además de la disposición formal, son fuertes indicadores de que estamos ante un género nuevo, ante el germen de la poesía. Por otro lado, no hay un solo ejemplo que nos permita pensar que son fragmentos de poemas, pues son actos poéticos acabados, historias poéticas que inician y terminan en un punto, pequeños sucesos

¹⁷ Cfr. En *Una gramática iracunda* de Enrique González Rojo. Diógenes, México, 1984, p. 10.

estéticos asumidos con el compromiso de ser presentados estéticamente, en eso radica el carácter poético de las neuronerías.

LAS NEURONERÍAS Y OTRAS FORMAS BREVES

La neuronería es un acto poético libre y variado. Algo distinto sucede con los haikais en donde el canon marca sus límites en diecisiete sílabas distribuidas en tres versos medidos por cinco, siete y cinco; sin embargo ese rigor del haikai no lo encontraremos en las neuronerías porque éstas se desplazan libremente por los pasillos de la retórica, no tienen el rigor rítmico e incluso métrico que observamos a simple vista en muchos de los haikais y sobre todo en los epigramas del siglo XIX y el XX, de igual modo no pueden ser tampoco aforismos porque no tienen nada que ver con el espíritu didáctico, ni pretenden dictar moral alguna. No son, aunque en el fondo se le parezcan, poemínimos ya que les falta malicia y les sobra ingenuidad. La neuronería se queda a la mitad del camino, distraída, viendo los escaparates de la forma. Tampoco es greguería porque la neuronería es demasiado rebelde y subversiva, incluso asumiendo matices de alusión política, hecho que la acerca y la hace pariente semilejana del epigrama. Paradójicamente la neuronería no es ni lo uno ni lo otro, y sin embargo tiene ingredientes de todos y cada uno de los anteriores minigéneros. Si acaso pudiera tener cierta semejanza con la greguería por su espíritu lúdico y poético sintetizados en una línea de brevedad. Veamos por separado cada una de estas especies.

EL HAIKAI

El haikai, por ejemplo, en sus contenidos siempre condensa un rasgo sutil hacia la naturaleza animal o vegetal, es decir, esta composición originaria del Japón es un delicado guiño estético sobre las cosas, es una imagen sublime que tiene que ver más con la belleza y la armonía

del hombre y su entorno, que con las posturas ideológicas, políticas o sociales de una sociedad.

Sopla la brisa
y la tierna palmera
casi se eriza.

Juana Ma. Naranjo

Tierno saúz
Casi oro, casi ámbar
Casi luz

José Juan Tablada

EL EPIGRAMA

Mientras que el epigrama es un señalamiento hiriente, ácido y en ocasiones hasta ofensivo sobre algunas conductas y defectos físicos de las personas, la neuronería pretende sonsacarnos a la risa, promoviendo el jugueteo. El objetivo del epigrama será casi siempre destruir moral y espiritualmente al otro, todo lo contrario al ánimo conciliatorio del haikai, en ese sentido el epigrama guarda más parecido con la neuronería en intención, sin embargo, sería arriesgado compararlas con epigramas tan mordaces como los siguientes:

Si tuvieras que peinarte las ideas
No tardarías más que yo con los cabellos.
Y como puedes ver: soy calvo.

Raymundo Ramos

XLII
El rey de España abdicó
Y por España me apeno.
¿Con que, República, no?
¡Pues ya verán lo que es bueno!

José F. Elizondo

EL POEMÍNIMO

Por su parte el poemínimo es una composición espontánea de dos o tres versitos mordaces y malévolos aderezados con ligeras tonalidades eróticas, cuando no abiertamente sexuales, que sin rayar en la vulgaridad resultan jocosos, picantes. Los poemínimos son composiciones que en su mayoría forman versos de una letra o palabra escrita como en japonés, de forma vertical, como una escalera poética a la que accedemos de arriba hacia abajo. Efraín Huerta decía que imitarlos [ya] representaba una tarea demoniacamente difícil, lo cual parece arriesgado pues veremos que por lo menos hay más de uno que ha logrado tal propósito, como es el caso de Enrique González Rojo. El espíritu rebelde del poemínimo al compaginar con la neuronería, supondríamos que hay una hermandad entre uno y otra, sin embargo en ésta se aprecia un rasgo más inofensivo y más civilizatorio:

Distancia
Del
dicho
al
lecho
hay
mucho
trecho.

Efraín Huerta

LECCIÓN

El que escribe al último
Escribe mejor

Yo apenas empiezo
E. H.

LA GREGUERÍA

El caso de la greguería, respecto de la neuronería es particularmente significativo porque desde el ánimo de composición hasta la semejanza entre ambos términos nos remite a pensar que Enrique González Rojo las conoció y en buena medida las imitó, y no sólo eso, sino que les añadió su toque personal: *neuro*= nervio; *gregue*=grito, la neurosis es el nerviosismo que nos provoca un agente no necesariamente externo, mientras que la gritería es producto de un desenfreno, una inquietud incontrolada que se traduce en palabras inconexas, aparentemente sin sentido. De ese modo neuronería-greguería son el resultado de un cierto nerviosismo incontrolado de un ser inconformado con el orden de las cosas. En ambos casos se trata de ejercicios libérrimos muy parecidos en los cuales se hace resaltar de manera insólita la característica más opaca, menos visible y obvia de las cosas ordinarias. La sutil diferencia entre una y otra formas es que las greguerías están construidas en prosa y las neuronerías en un tipo de versificación muy libre. La greguería, por otro lado, es una frase de una o dos líneas que alude a un hecho si no del todo insólito, cuando menos sí inédito que tiene que ver mucho con la vida ordinaria los hombres y lo que le rodea y en la cual se conjugan regularmente el humor, la metáfora y una cierta dosis de metafísica, en ese sentido, se puede arriesgar un comentario que las haga parientes directas de sangre. El criterio de confección de una neuronería es muy semejante al de una greguería, sólo que el autor de la primera se atiene a la forma versificada y al ritmo interno y la última no repara en ningún detalle de la forma, la greguería es una idea hecha prosa, mientras que la neuronería es una imagen hecha poesía:

La mujer que después de la niña cierra su puerta por dentro, no temáis que se suicide. Se está probando un sombrero.

Ramón G. de la Serna.

Cuando el alba se enhebra en el ojo del campanario, queda cosido el nuevo día al pueblo.

R.G.S.

LAS NEURONERÍAS

Las neuronerías entonces nacen del continuo ejercicio reflexivo que deviene en discurso poético, son productos que no pudiendo ser elegías, sonetos, o élogos se conforman con ser poesía mínima, poesía recién nacida, poesía niña. Y así como no es fácil imitar los poemínimos, ni tampoco improvisar un epigrama o inventar un aforismo, tampoco resulta fácil componer una neuronería, porque no se trata sólo de decir por decir, en ellas el poeta se vuelca y se sintetiza todo, hecho un amasijo de palabras e ideas, su reto es decir en tres versitos o menos todo lo que suponemos podría invertirle 584 endecasílabos. Así como las greguerías y los haikus, las neuronerías no vienen en cardumen, no es fácil capturarlas, de modo que su creador tiene que tener la paciencia del pescador que sale muy temprano con su anzuelo y su caja de lombrices y ya de tarde regresa con un pescadito amarrado a su caña. Las así llamadas neuronerías son pequeños poemas en prosa que se desplazan juguetonamente de una neurona a otra, son ideas que van de la mera observación de un hecho cotidiano e insignificante hasta la meditación profunda y filosófica de los temas trascendentes: el tiempo, el ser, el infinito, etc. En dichos ejercicios micropoéticos se conjuga el sarcasmo tenue, la burla infensiva, la ternura y la sabiduría profundas. Son —huelga el término— en su máximínima expresión, la respuesta al descreimiento del mundo que percibe el poeta, porque en ellas se acentúa el rechazo a la indiferencia de las cosas minúsculas para trocarlas en grandes e importantes: *irresistible deseo de dar en un átomo mi primer recital de poesía*, es la aspiración genuina de Rojo en este universo mayúsculo de palabras y cosas, de cosas y palabras.

Y que decir de esta otra cuya extensión nos recuerda un madrigal, pero cuyo espíritu netamente melancólico y suicida lo catapulta hacia la revelación moribunda, muy semejante a esas cartas de despedida que deja quien ha decidido cortar el hilo de su vida:

EL SUICIDA

Se aseguró de que la carta
A mitad de la mesa
Fuera visible.
Se arregló la corbata.
Ya no pudo llorar.
En su cansado perro, todavía
El mundo le movió la cola un poco.
Abrió el estuche
Y se llevó a la sien
La última palabra.
E.G.R.

En otras palabras, las neuronerías son el resultado del enfrentamiento de un 'yo' cejijunto contra la sonrisa leve de un 'nosotros' indulgente y conformista. Es un ejemplo en el cual aparece el cómputo de una historia breve, cuyas reminiscencias prosísticas son innegables combinadas con algunos elementos propios de la poesía, en ellas se condensa la sabiduría y la imagen de un espíritu rebelde, pero también se da rienda suelta a la ironía, esta amarga alegría que el poeta carga en las entrañas. Éstas, inclusive pueden ser entendidas y asumidas como composiciones nerviosas, como si quien las escribiera estuviera a punto de morir y firma su testamento poético, o de quien se encuentra en permanente estado de alteración, composiciones neuróticas, por no decir neurotizantes, que negocian los centavitos que le sobran a la Poesía; pero que en su espíritu aparentemente inofensivo, disparan a gran velocidad pensamientos agudos y pequeños hasta atravesar la dura corteza de la conciencia:

La araña teje su pentagrama
para pescar todas las notas
que hacen su música para
banquete.

Es, para extender la metáfora, la molécula de la expresión poética que estalla en mil añicos, en cientos de partículas minúsculas de significación para dar inicio al caos diminuto de la expresión.

Pasaré mis vacaciones
En el ojo de una hormiga.

En medio de esta disciplina cuasi filosófica y metafísica se hace patente el arrobamiento, la emoción espontánea del poeta proyectada como verdad dura, derivando en un acalabramiento de los nervios como rejuego entre lo serio y lo profundamente lúdico:

El secreto

Lo bestial que escondía
La Bella en la entrepierna,
Se había apasionado de lo bello
Que apretaba la bestia bajo el vientre.

Llena de un aparente cinismo ramplón o de burla inofensiva, la neuronería se convierte en un enemigo permanente del aburrimiento y la solemnidad, tan dañina en las sociedades modernas. Su ternura malévola entra en contubernio con la agresividad juguetona y la beligerancia risueña que estos ejercicios poemáticos representan como “un abanico de signos que al abrirse y cerrarse nos dejan ver y nos ocultan, alternativamente, su significado”.¹⁸ Al descubrirlas, tanto el autor como el lector experimentan un temblor incontrolado, que se confunde con el estremecimiento de un espíritu inconformado frente

¹⁸ Paz, Octavio. *In/mediaciones*, Seix Barral, México, 1979 (Biblioteca Breve) p. 11.

a un mundo trágicamente real, por eso son ejercicios angustiados, neuronerías vigilantes de la materia eterna, nerviosidades de la poética que no caben en ningún verso extenso, porque se mueren de aburrimiento. La neuronería se engenta en una estrofa larga, se pierde en un poema y se muere en el cuarto verso.

Las burbujas son ojos
de los peces increados.

La neuronería no nos hace más neurasténicos de lo que ya somos, ni nos resuelve problemas mayúsculos, así como tampoco nos crea conflictos éticos o morales, ésta no es un salvavidas, pero sí una balsa para pasar los tragos amargos en esos días grisáceos. Es la metáfora risueña más visible de la contradicción frente la abstracción filosófica de un ser preocupado por su entorno: “Ni modo. A veces hay que mandar a arreglar las cañerías del alma”, dice Rojo.

Mujer: todo salió a pedir de tacto.
mas de hoy en adelante nos veremos
sólo de vez en boca.

Al igual que el poemínimo, la neuronería a veces también brota de una metamorfosis paremiológica o simplemente de una paráfrasis hacia una frase hecha, pero que con un leve giro semántico, se convierte en una metáfora deslumbrante:

II
Refrán
Más vale ser la cola
del infinito
que la cabeza de la nada.

Es la resultante estética de una intromisión profunda del individuo poético a través de sus desvarios, porque “lo que dice la obra de arte

no es su contenido manifiesto sino lo que dice sin decir: aquello que está detrás de las formas, los colores y las palabras".¹⁹ Esa es astucia de las palabras, pero sobre todo aportación del poeta, que le ha arrancado los significados más secretos a las palabras más gastadas:

VI

Paranoia

En mi jardín interior
voy de lirio en lirio
de persecuciones.

La palabra poética es un arte verbal en el que todo poema, por pequeño que sea, así sea neuronería, plantea problemas que sobrepasan los límites de la forma verbal por lo que a partir quizá de un ejercicio semiótico medianamente exigente podrían ser planteados correctamente los problemas relativos al universo del discurso: ya hemos visto como en diez y hasta en menos palabras pueden ser expresadas las ideas más reconcentradas y sintéticas, incluso más que en un párrafo entero. Cada palabra poética es así un objeto inesperado, una caja de Pandora de la que salen todas las categorías del lenguaje. Parafraseando a Barthes, se puede decir que las composiciones más breves son como el fósforo: brilla más en el instante en que intenta morir.²⁰

VII

El suicida

En un vaso con agua
Toma la pastilla
De su punto final.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Barthes, *El grado...*, pp. 43-44.

Sintetizar una idea y condensarla en dos o tres versos o líneas representa por sí solo un mérito que no todos podemos capitalizar; ser capaz de constreñir una idea profunda, haciendo uso del menor número de elementos morfológico-sintácticos, ya representa una tarea mayúscula y si a eso le agregamos el acierto de crear una imagen novedosa, valiéndose de algo reciamente conocido, mucho mejor pues “el rescate y metamorfosis del lenguaje cotidiano, dice Rojo-Arthur, eleva, a mi entender, las expresiones vulgares a expresiones poéticas y permite al creador añadir a los procedimientos (de la metáfora y la imagen) un método que posibilita enriquecer el plexo de recursos expresivos que requiere el poeta”.²¹

Imposible dormir, tras el pirrónico infarto
que sufriera mi dogma de la guarda.

En esa medida toda obra poética no puede ser reducida a tan sólo la función estética, puesto que en todo poema están presentes muchas otras funciones de la lengua, si bien jerárquicamente supeditadas a la poética, es claro que importa más el contexto así como el canal o el código mismo, elementos primordiales en el acto de comunicar. El mismo Jakobson asegura que las intenciones de una obra poética se encuentran frecuentemente en estrecha relación con la filosofía, con la moral social, la historia, etcétera:

Regla sin excepciones
cuando está toda la iglesia discutiendo
con su Giordano Bruno, siempre acaba
argumentando hogueras.

²¹ *Una gramática iracunda...*, p. 10.

Así como una obra poética no puede ser enteramente definida por su función estética, la función estética tampoco se limita a la obra poética, ya que tanto la conversación diaria como los artículos periodísticos y los tratados científicos pueden valerse de la función estética o poética.

IV

En Colonna, ciego,
Edipo decía franciscanamente:
hermana agua, hermano lobo, hermano árbol
y, volviéndose a Antígona:
hermana hija.

Frente a estas posturas de la sublimidad de las palabras nos encontramos ante una teoría rígida propuesta por Bonati²², y que tampoco conviene perder de vista y de la cual se desprende lo siguiente: “no todo hablar es transmisión de conocimientos, es decir, no todo es información. El hablar sirve también a otras formas de la relación consigo mismo”. Tomemos por cierto que no todos necesitan de la expresión poética para sobrevivir; se puede pensar e incluso aceptar que algunos vivan al margen de todo acto poético, pero también al mismo tiempo tener la certeza de que algunos, aunque estos sean realmente pocos, todavía sienten esa necesidad intrínseca que ofrece la palabra literaria, poética y disfruten sentirse acariciados por ella. Para ellos el poeta escribe.

Imposible dormir, tras el pirónico infarto
que sufriera mi dogma de la guarda

Según Bonati, la poesía es imagen, objeto imaginario, visión abstracta de las cosas, por lo que el poema es un constructo del lenguaje

²² Martínez Bonati, Felix. *La estructura de la obra literaria*. Una investigación de filosofía del lenguaje y estética. 2a. edición, Barcelona, Seix Barral, 1972. Serie Mayor, 6. P. xxj.

imaginario. Así, tenemos que se puede construir un mundo alterno con las palabras, por lo menos eso busca la poesía frente a la realidad devastadora y cruel, por lo menos mejor al que habitamos:

Te vuelves munición,
oh, cochinilla,
para obtener la sangre
de la púrpura.

Algunas neuronerías están, como ya dijimos escritas a mano, de su puño y letra, en líneas caprichosas, tomando la forma de caligramas traviesos en donde el lector tiene que girar el libro tantas veces como sea necesario, hasta que termina mareado, estos caligramas de escritura sinuosa, rabiõsa y voraz hacen de la neuronería un género aún más,²³ pues someten al lector a formar parte del acto poético. Según Rojo-Arthur, la neuronería es un género innovador sin demasiadas pretensiones, pero es falsa modestia la suya pues a mi parecer se clavan en el pensamiento y en la memoria a tal grado que resulta difícil deshacerse de ellas. Se ve que ni siquiera su creador ha querido otorgarles el lugar y la dimensión justa a estos hallazgos pues además de que se refiere a ellas de manera breve, sesgadamente, está erróneamente convencido de que estos dardos poéticos no han de llegar demasiado lejos. La mayoría de sus versos en los poemas largos son densos, críticos y conservan el aroma de la sorna y la denuncia política, mientras que en la neuronería además da rienda suelta al divertimento, y por eso me he atrevido a calificarlas como poesía de juguetería, poesía recién nacida, poesía niña, pero estos objetos que nos sirven al mismo tiempo como instrumento de diversión, también nos fortalecen y nos hacen crecer y llegar a la madurez, nos hacen reflexivos a pesar de todo, puesto que estas no son cosa de locos y para ello me apoyo en Huizinga

²³ Apollinaire en Francia y Tablada en México ya habían trabajado estas formas vanguardistas a principios del siglo xx.

quien afirma que el hombre es un *homo ludens*, un ser que busca permanente la diversión y el juego para encontrar la armonía con el universo. La neuronería nos proporciona ambas cosas: diversión y reflexión.

Hoy me desperté
crudo, mujeroso.

La neuronería es una manera de presentar lúdica e inofensivamente los hechos de la vida cotidiana, pero también aquellos que trasciende la vida ordinaria y que se depositan en los más hondo de la incertidumbre humana, en la neuronería se alcanza a oír el grito desgarrado de los seres, desde el inconsciente. La neuronería a veces brota del lugar más común para insertarse y dominar el terreno selecto de la poesía:

Ayer, amada mía, pecho adentro
Te enterré en la rotonda
De mis sueños ilustres.

Así, González Rojo-Arthur es un poeta que no divorcia su poesía del juego, porque la mejor manera de trascender es no tomarse demasiado en serio.

González Rojo (Arthur) hasta el momento cuenta con casi setenta y tres años de vida, sin embargo su propuesta estética es fresca, y hasta cierto punto nueva, es una inyección de sangre que le urge a las letras mexicanas, no sólo por medio de sus neuronerías sino por todo su arsenal de poesía rebelde, su proyecto poético del infinito aún tiene kilómetros por recorrer.

Había una vez un colorín colorado.